

... Comentario de 5 horas con Mario de Miguel de Libes, autor Vicente Granados. Fecha de emisión 3 de junio de 1980. 5 horas con Mario. ¿Cómo se le ocurriría a Miguel de Libes titular así su novela? Cualquiera que lea el título y no conozca la obra puede pensar en una relación amorosa fugaz. Precisamente ahora que lo dices, ese punto creo que no ha sido señalado por la crítica. Si nos ponemos a reflexionar... Bueno, en realidad la viuda de Mario solamente pasa 5 horas en libertad con su marido. No en libertad, mejor dicho, en la vida de su marido. ...

diría con toda franqueza. Al fin y al cabo el marido está muerto. No sé qué franqueza se puede tener con un difunto. Ese es el mérito. Carmen, la viuda, habla con Mario como si éste estuviera vivo. Diríamos que se aprovecha para decirle todo lo que no quiso o no supo o no pudo decirle cuando Mario vivía. En el monólogo que mantiene con su marido, Carmen repasa no sólo la posguerra sino sus distintas actitudes ante la guerra civil. En ese fluir de ideas a las que ella da una perspectiva muy peculiar, la intervención de Carmen es constante. No es un monólogo interior porque en éste la conciencia fluye sin ningún tipo de reflexión. Pero Carmen reflexiona, se justifica, ataca a Mario, exalta el chauvinismo, ataca al concilio Vaticano II echándole la culpa de la relajación religiosa, desea una autoridad y un orden más rígidos. Al manifestarse así, está atacando el pensamiento de su marido.

el autor de la obra logra algo muy difícil, captar la benevolencia del lector para el difunto a través de los reproches de la viuda, que llega a estar de acuerdo con el director del instituto que expedientó a Mario. El fallecido catedrático queda dibujado como uno de los personajes más logrados de Delibes. El mérito es singular, construir un personaje sin que éste pronuncie una palabra. En el monólogo se vierte la ruindad de Carmen y la grandeza espiritual de Mario. Este paralelismo va creciendo pero Delibes no cae en el peligro de idealizar al muerto. Mario no deja de ser un fracasado que no ha podido ejercer influencia ni en su propio hogar. Además era un hombre inseguro y tímido, casi me atrevería a decir que no estaba desprovisto de egoísmo. Yo creo que sólo era un intelectual liberal y honrado. Nunca transigió con los chanchullos, por inocentes que éstos fueran. Se encerró en su biblioteca y en ella escribió.

leía y estudiaba. Por una de esas ironías trágicas, la biblioteca se convierte en cámara mortuoria. Miguel de Libes dio con la fórmula definitiva después de muchos ensayos. En una primera redacción, el autor narraba desde fuera y utilizaba consecuentemente la tercera persona. Mario y Menchu estaban vivos, pero este camino, dice el propio de Libes, me llevaba a la exageración y a la inverosimilitud. Es decir, yo de Libes cargaba las tintas sobre este personaje y al mismo tiempo la pretendida pureza de Mario quedaba empañada por un artificio de base notorio. Carmen repite insistentemente los problemas que le creaba la falta de coche, de cubertería de plata. Se diría que queda retratada por sus manías y por su afán de aparentar. En este sentido nos recuerda a la célebre Rosalía Pipaón Galdosiana. El afán de aparentar llega a amargar sus vidas.

De Libes pensó que un personaje era definido por cosas sencillas pero irrepetibles, casi diríamos por sus manías. Esta concepción se aplica a Carmen, que llega a repetir un pensamiento varias veces en la misma página. Y al definir al muerto, se está definiendo ella también y la sociedad a que pertenece. Por eso la reiteración es necesaria. La historia de la guerra

Que la sabía que chillaban como locas cada vez que sonaban las sirenas. Yo no, palabra. Todo me divertía. Aunque contigo ni entonces ni después se podía hablar. Que cada vez que empezaba con esto tú... Calla, por favor. Punto en boca. Que te pones a ver, Mario querido, y conversaciones serias. Lo que se dice conversaciones serias, bien pocas hemos tenido. La ropa te traía sin cuidado. El coche, no digamos. Las fiestas, las fiestas otro tanto. La guerra, que fue una cruzada, que todo el mundo lo dice, te parecía una tragedia. Total, que como no hablásemos del dinero astuto, o de las estructuras y esas historias... Tú, a callar.

La estupidez de Carmen tiene su raíz en la educación recibida y en el medio social en que vive. Mario intentó vivir con ella un mundo digno e independiente, pero el catedrático fracasó con su mujer y, en cierto modo, con todo lo que intentó mejorar. Uno de los que asisten al velatorio dice de Mario, no es un muerto, es un ahogado. Sin embargo, cualquiera diría que el matrimonio se llevaba bien, que era un modelo de convivencia y alegría. Carmen denuncia también el descuido que, como mujer, recibió de Mario. Es una idea que repite reiteradamente y contrapone al adulterio frustrado. También resulta paradójico que Carmen añore un marido autoritario. Mario no supo en ningún momento hacer un cumplido a su mujer. Carmen se lo reprocha una y otra vez.

hombre mundano y sobre todo porque ha hecho fortuna. Carmen le pedía a Mario un 600 pero Paco tiene un tiburón. El mundo de las cosas materiales llega a convertirla en doblemente frustrada. Qué cambiazo ha pegado Paco, Mario. Es que por mucho que te lo diga no te lo puedes ni imaginar. Los ojos para mi gusto siempre los tuvo ideales, de un verde raro entre de gato y de agua de piscina. Pero es que ahora ha cogido un qué sé yo como de aplomo, un señorío que no tenía antes, que yo me acuerdo de chico, un verdadero chisgaravís. Y le besa ahora y habla despacio, con pausa, sin trabucar una palabra, que antiguamente era una juerga. Pues ahí le trae.

¿Qué tienes, cariño? Con su tiburón, apaleando millones. Que yo no recuerdo bien dónde me dijo que trabajaba, pero desde luego algo de representaciones que tiene que ver con todo este lío del polo. No me hagas mucho caso. El libro de la vida Virginia Guillermo y Juan Amelia Hernández han escrito unas palabras que merece la pena citar. La narración de Carmen no es lineal. Los recuerdos le llegan inconexos, desordenados, incoherentes a veces, rotos en franquicias.

que hemos de reconstruir, sueltos en piezas que tenemos que juntar, repetidos, salpicados de frases sentenciosas, de muletillas, de giros populares. Ella deja correr libremente su pensamiento, sin trabas, con natural espontaneidad, y queda retratada en su vocabulario y en su sintaxis, tanto como en el contenido de sus ideas y en el discurrir de sus juicios y valoraciones. Su lengua, rica en modismos, popular hasta el extremo de la vulgaridad, la define del mismo modo que a Mario le caracterizan las pocas frases que de él repite Carmen. El lenguaje define a los personajes, en eso estamos de acuerdo. Resulta entonces que la ideología de los distintos personajes y estamentos sociales quedan fijados por el lenguaje que emplean. Pero el hombre no es sólo el producto de la clase social a la que pertenece, sino debemos tener en cuenta que el hombre es el complejo mundo interior del individuo, el mundo cariño.

y secreto de sus sueños, esa fuerza centrífuga. También en la novela está insinuada. Carmen le reprocha a Mario una serie de actos que ella repite hasta la saciedad, pero lo que casi no cita llena de angustia su corazón, porque Carmen termina enamorándose de Paco y no lo quiere ni lo puede confesar. Ella no podía traicionar su educación. Pero mírame, di algo, anda, por favor. Mira que eres. Me estoy tirando por los suelos, más no puedo hacer. Mario, cariño, que al fin y al cabo si a su tiempo me compras un 600, ni tiburones ni tiburonas, segurísimo. Que con estas restricciones lo que hacéis es ponernos en el disparadero. A ver si me puedes ayudar. A ver si me puedes ayudar.

Si no, que cualquiera te lo puede decir. Pero perdóname, Mario. Anda, te lo pido de rodillas. No hubo más, te doy mi palabra. Yo solo he sido para ti, te lo juro, te lo juro. Y te lo juro por lo más sagrado. Mario, por lo que más quieras. Por mamá. Pero fíjate, que más no puedo hacer. Pero mírame un segundo. Un segundo, aunque solo sea. Anda, hazme ese favor. Mírame. Es que no me oyes. ¿Cómo quieres que te lo diga? Mario. Mario, que me muera si no es verdad. No pasó nada. Que Paco, a fin de cuentas, un caballero. Claro que...

que fue a dar conmigo. Pero si yo tengo un 600, ni Paco ni Paca. Te lo juro, Mario. Te lo juro por Elviro y por José María. ¿Qué más quieres? El mejor plan no me puedo poner. Mario, que yo puedo llevar la cabeza bien alta para que lo sepas. Pero escúchame, que te estoy hablando. No te hagas el desentendido. Mario, anda, por favor. Mírame un momento. Solo un segundo, una décima de segundo, aunque solo sea. Te lo suplico. Mírame. Pobre Mario.

Pobre Mario y pobre Carmen Pobre década del 600 El hijo mayor de Carmen y de Mario ha entrado en la cámara mortuoria Empuja blandamente a su madre hacia la puerta pero ella se resiste a abandonar la habitación Carmen mira hacia todos los lados como si en lugar de haber pasado la noche allí Viese aquel despacho doblado en cámara mortuoria por primera vez Por la ventana se divisa ya nítidamente la casa de enfrente con sus balcones verdes de gresite y sus cerradas persianas pintadas de blanco Y cuando de pronto se abre una persiana con un ruido de matraca seco de tablillas que se juntan Parece como que la casa bostezara y se desperezase Antes de terminar de abrirse la persiana petardea abajo en la calle estrecha el primer motocar Y cuando el estrépito se despega, la casa se despega Y el estrépito se despega

Se perciben rumores de conversaciones y crujidos de pisadas de las gentes madrugadoras que marchan al trabajo. Un gorrión cruza el pollete de la ventana a saltitos rápidos como si botase, gorjeando alborozadamente como en primavera. Como en primavera. ¿Has dicho como en primavera? Sí, eso he dicho en la narración. Quedan pocas páginas para que la novela termine. Pero queda quizá la esperanza. Andrés Amorosa ha visto en el hijo la superación de la antítesis entre los padres. Quizá por eso el joven Mario dice a su madre. Sencillamente tratamos de abrir las ventanas. En este desdichado país nuestro no se abrían las ventanas desde el día primero de su historia.

Quizás se mantenga también el pesimismo. No olvides que Carmen piensa proyectar sobre su hija la educación que ella había recibido.